

MAKING OFF CENICIENTA

“El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”.

(Miguel de Cervantes Saavedra)

A Cenicienta la conocen de sobra. No es preciso escribir su nombre en Google, como tendríamos que hacer si se tratara del señor Valdemar o de cualquier otro personaje de Allan Poe. Cenicienta es la muchacha de Perrault y de los Hermanos Grimm, aunque en verdad sea sólo una forma de hablar, porque las obras no son propiedad de sus autores, o al menos no lo son en su totalidad. En cierto modo, Las Meninas se vuelven a pintar cada vez que un hombre las contempla. Es lógico, por lo tanto, que el lector de Cenicienta fantasee con el hecho de cuánto se parece su suegra a la madrastra y de esta forma cree, inevitablemente, una nueva trama.

En cualquier caso, Cenicienta es una historia lo suficientemente conocida como para que yo no tenga que dedicar mucho tiempo a las formalidades de las presentaciones, que hacen presagiar un mal cuento, de la misma forma que un arsenal de escobas en un armario nos descubre la existencia de una bruja en el hogar, o bien la de un príncipe de la casa, hacendoso y limpio; aunque ya sabemos, por experiencia, que ésta no es una circunstancia habitual ni siquiera en esos territorios de ficción repletos de perdices y érase una vez. Así que, prescindiendo por completo de sus cualidades físicas, del color de la ceniza y de las hermanastras grotescas, permítanme que les describa qué es lo que está haciendo nuestra chica en estos momentos y por qué me he fijado en ella, que, al fin y al cabo, es lo que nos importa.

...

Cenicienta camina. Dámaso Alonso nos preguntaría que adónde va esta mujer, esta princesa en ciernes que “va despacio, arrastrando los pies / desgastando suela, desgastando losa”. Pero Dámaso Alonso no frecuenta estos lugares por los que ahora caminamos.

Cenicienta camina y acaba de sobresaltarse con el tintineo de unas campanillas que, a modo de móvil volante, sustituyen a la cúpula en las cunas de los bebés o, como es el caso, invitan al intercambio formal de un “buenos días-qué desea” en una tienda cualquiera. De hecho, ha entrado impetuosa en una antigua zapatería que huele a cuero, a pegamento y a tabaco de pipa. Lo sé porque hemos entrado juntos. Diríamos que la estoy cuidando, que es la forma sutil de decir que la estoy persiguiendo. Creo que está empezando a sospecharlo.

Si le preguntáramos a ella, en vez de a Dámaso Alonso, a buen seguro nos diría que va de compras y que el sobresalto inicial ha sido a causa del ruido de las campanillas, o del escalón de la entrada, o del mismo suelo de madera (las casas de madera no guardan los secretos). Pero si lo dijera, mentiría, y uno puede imaginarse en esa tesitura a Pinocho, o incluso a Sancho Panza, si fuera menester y siempre más en virtud de la misericordia que de la justicia, pero no a Cenicienta. Por eso no la pondremos en tal brete y tendrán que creerme a mí si les digo que, además de una cierta inquietud debida a mi presencia, Cenicienta lleva encima una herida de amor por un flechazo que atraviesa al zapatero. ¿Por qué si no, iba a tener los pómulos como una manzana fuji? A veces, nuestro destino es bárbaro y triste. O mágico, según las fábulas.

...

Como del zapatero ustedes no conocen nada, sepan, aunque sea brevemente, que tiene los ojos como bóvedas, la nariz altiva y veintidós años. Es uno de esos muchachos, serenos como un chopo, a los que desde muy pequeños sus padres enseñaban a tratar con la gente de manera educada, por lo que no es fácil que bostece cuando habla, ni que

enseñe los pelos del pubis por encima del pantalón, ni que le nublen la razón un par de tetas, por hermosas que sean. Antes al contrario, mira sin complejos a los ojos de las mujeres y estrecha con bonhomía las manos de los clientes más habituales. No tiene, digamos, una cultura muy vasta, pero sí la suficiente como para darle su justo lugar en el escaparate a las novedades de temporada o para distinguir un escaipín de un mocasín, por parecido que suenen. Si a esto le añadimos unas cuantas lecturas escogidas, que le permiten no llamar Mario a Neruda ni Pablo a Benedetti, podemos afirmar que se trata de lo que se conoce popularmente como un buen partido.

Claro que Cenicienta no iba buscando un hombre que supiera utilizar con precisión las palabras plenitud o sentido, ni mucho menos que acertara a distinguir, si es que es posible, entre hermosura y libertad. Es más, Cenicienta no iba buscando un hombre, iba buscando unos zapatos. Y a eso quiero dedicarme ahora: a relatarles el proceso de búsqueda y elección de unos zapatos de noche. No quiero parecer uno de esos cuentistas, a los que se refería Virginia Wolf, que cuando tenían problemas con el argumento de sus historias, alimentaban el fuego con algunos personajes más.

...

A un azogado “buenos días” le correspondió un resuelto “en qué puedo servirle”. Durante unos segundos, Cenicienta se detiene en las posibilidades del verbo servir y, por supuesto también, qué mujer no lo hace, piensa si el zapatero en esas cuatro palabras no habría querido decir mucho más de lo que se limitó a decir o, mejor aún, si no habría querido decir otra cosa distinta a la que por sentido de la cooperación lingüística cabría entender. Pero le respondió, sin más: “sólo busco unos zapatos”. Enseguida se dio cuenta de que debería haber evitado el adverbio, porque era evidente, ya desde el primer tropezón, que Cenicienta no sólo iba buscando unos zapatos, aunque eso sea lo que hay que decir cuando se trata de un cuento para niños.

“¿Y para qué ocasión?” La pregunta del zapatero la dejó descolocada. Le planteaba una cuestión utilitarista, cuando lo que a ella le pasaba es que no podía apartar los ojos de sus ojos y se estaba imaginando una vida en común, con sus noches en la ópera y sus lavadoras de carga superior. “Son para una fiesta”, respondió. Y otra vez, en cuanto abrió la boca, se dio cuenta de que había vuelto a hablar demasiado. Ahora él le preguntaría que para qué tipo de fiesta y, como sucede en las ciudades de provincias, en la pregunta iría implícita la respuesta. ¿Acaso alguien desconoce que no existen fiestas en plural sino una sola fiesta, la fiesta del palacio? ¿Acaso ignora alguien con qué intención la ha convocado el rey?

El zapatero, sin embargo, se limitó a alzar un poco la voz, a señalar hacia el fondo de la zapatería y a hablar durante un rato de un par precioso, recién llegado, de nueva temporada. Unos esarpines franceses, rojo cereza, con un poquito de punta y mucho tacón. De los que dejan salir al aire dos o tres dedos y por lo tanto son ideales para lucir la pedicura. Poesía pura.

Ella, con tal de desviar la atención de la fiesta, dijo rápido que sí, que esos mismos. A lo que él, lógicamente, le respondió que cómo que esos mismos, si aún no los había visto y que si tanto se fiaba de su gusto como para creer sin ver. Hubiera querido contestar sí. O mejor, sí quiero y que sonara la marcha nupcial, pero consciente de su situación de inferioridad dijo en voz baja: “sáquelos, a ver qué tal”. Y para que pareciera que tenía gusto y criterio propios le señaló también los zuecos del escaparate. “¿Los de cristal?”, repuso el zapatero. “Pero, mujer, si están de adorno. No son más que un reclamo publicitario”.

Ante el riesgo evidente de mostrarse como una mujer inmadura, con una emocionalidad limitante típica de casos extremos de ansiedad, que corteja al zapatero al tiempo que le está diciendo con sus actos: “me gustas tú, pero esta noche voy a ver si me ligo al príncipe con los zapatos que tú me vendas”, Cenicienta optó por un discurso más

asertivo, algo así como “no sabía que también hacían reparaciones, si lo sé traigo los mocasines a arreglar y no me ando gastando dinero en unos nuevos”. Ay, si conmigo hubiera estado Jorge Guillén para aconsejarle la lectura íntima de “Muerte de unos zapatos”: “Saben estas suelas. / Saben de andaduras palmo a palmo, / de intemperies descarriadas entre barros y guijarros”. Pero Jorge Guillén no estaba allí.

El zapatero susurró que todo dependía del tipo de fiesta a la que estuviera invitada, que no era lo mismo una discreta y familiar fiesta privada de cumpleaños que la fiesta de palacio. Entonces, ella bajó la mirada, se ruborizó levemente, se probó los zapatos franceses y sacó la tarjeta de crédito.

...

Llegados a este punto, a Cenicienta sólo le queda irse entre la muchedumbre por la calle peatonal, con su caja de zapatos metida en una bolsa, camino de la peluquería. La intuyo a lo lejos. Mentalmente intercala sentencias simples como, por ejemplo, “cuando el amor llega así de esta manera”, con otras más hondas como “le llevaré los viejos zuecos para que le ponga tapas, del jueves no pasa”.

Yo, que la admiro desde la tienda, me atrevería a decir que está como ausente y que quizá por eso me gusta cuando calla. Entiendo su incipiente congoja. No sabe quién soy. Desconoce que, mientras les cuento todo esto, me estoy comprando unos zapatos nuevos, porque yo también estoy invitado a la fiesta del príncipe. Querría saber quién soy yo y qué es lo que ando contando de ella por ahí. Le pica la curiosidad como si le picara un alacrán en el pecho. Querría saber si esta historia es un *remake* o un *making off*, pero ese desconcierto forma parte de lo que a todos nos pasa cuando alguien nos escruta desde afuera. Creo, sinceramente, que los custodios han hecho bien en no descubrirnos el negativo de la fotografía. Hay secretos que conviene guardar bajo llave, aunque para ello haya que renunciar a vivir en casas de madera o en ciudades tan pequeñas como ésta, donde los secretos en cuanto se piensan, se divulgan.

Si quieren, tómenlo como moraleja, pero sepan que si fuéramos tan imprudentes de desvelar toda la verdad, correríamos el peligro de que, al conocerse, pudiera presentarse un hada y cambiarnos el cuento a su antojo. Y vete tú a saber cuáles serían sus lecturas preferidas y, sobre todo, qué tipo de zapatos le pondría a Cenicienta para ir a la fiesta.